

ERCILLA Y LA GESTACIÓN DE UNA MITOLOGÍA AMERICANA

MARÍA CABALLERO WANGÜEMERT
Universidad de Sevilla

"Araucanía, ramo de robles torrenciales,
oh Patria despiadada, amada oscura,
solitaria en tu reino lluvioso:
eras solo gargantas minerales,
manos de frío, puños
acostumbrados a cortar peñascos,
eras, Patria, la paz de la dureza
y tus hombres eran rumor,
áspera aparición, viento bravío"
Neruda, *Canto general*, III.- Los conquistadores. XX.¹

Quiero abrir mi modesta contribución a este homenaje a Ercilla, con los versos del *Canto general* de Neruda quien denominó a Ercilla "el inventor de Chile". Y lo hizo así porque de los versos de ese gran poema épico que es *La Araucana* (1569, 1578 y 1589/90)² surge a la Literatura todo un país con la grandiosidad de su geografía exuberante y con una raza de hombres enraizados en la tierra de la que se nutren. El deslumbramiento ante la tierra chilena y la idealización de sus hombres, los araucanos, no son sino trasunto de la actitud de tantos conquistadores que, a partir de Colón, dejaron en sus crónicas el testimonio apasionado de sus vivencias.

Pero Ercilla, gran soñador y gran guerrero, hombre de sólida y brillantísima cultura, es mucho más que un simple cronista, es el autor de *La Araucana*, el gran poema épico del XVI. Aunque nace en Madrid, el 7 de agosto de 1533, su linaje es vasco, de esta ciudad de Bermeo que hoy le honra. Educado en la Corte como paje del futuro Felipe II, "la pluma ora en la mano, ora en la lanza" (XX, 24) concibe la literatura como complemento de la acción, medio de inmortalizar los hechos memorables. El culto a la vida heroica, bajo las máscaras de código de honor, ambición de gloria y espíritu de aventuras, incrementado con el

¹ Barcelona, Bruguera, 1984, 4ª ed., p. 59.

² ERCILLA, Alonso de; *La Araucana*. Texto anotado y prologado por Florencia Grau. Barcelona, Iberia "Obras Maestras", 1970. En adelante citaré por esta edición.

descubrimiento de un Nuevo Mundo, le lleva a las Indias en la expedición de Jerónimo de Alderete, nuevo gobernador de Chile, para pacificar las revueltas que se habían producido a la muerte de Valdivia con el levantamiento de Hernández Girón. De 1555 a 1558 participa a las órdenes de García Hurtado de Mendoza en la campaña de pacificación del Arauco. En 1563 embarcará de regreso a España, donde termina la *Araucana*, primer poema que inmortaliza al modo épico la realidad americana... Ercilla, inventor de Chile.

En efecto, al calor de la conquista, nacia un nuevo modo de hacer "épico" alejado por igual de la crónica rimada y de la epopeya clásica - aunque tenga en cuenta ambos-. En la obra de Ercilla, Lucano es el telón de fondo de muchos episodios; pero el gran modelo inmediato es el *Orlando furioso* (1516-1532) de Ariosto. El será maestro en cuanto se refiere a la variedad -introducción de lo amoroso, mitológico, digresiones...- tendente a evitar la monotonía insoportable en el poema. Esta variedad descansa sobre el tema unitario del poema, la guerra de Arauco, verdadero protagonista de la obra. Ya lo advierte su autor en el archiconocido comienzo:

"No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados;
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados,
que a la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables de gente que a
ningún rey obedecen, temerarias empresas
memorables que celebrarse con razón merecen: raras
industrias, términos loables que más los españoles
engrandecen; pues no es el vencedor más estimado de
aquello en que el vencido es reputado". (Canto I, p. 23).

Declaración de principios que, por distintos motivos, enaltece a los dos bandos. De las tres partes del poema que -como se sabe- consta de treinta y siete cantos, Ercilla escribió la primera...

'porque fuese más cierto y verdadero (...) en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel y en pedazos de cartas algunos tan pequeños que sólo cabían seis versos"...(pról. p. 17).

La inmediatez de la escritura y el deslumbramiento ante la naturaleza americana le llevan a iniciar el canto primero con la alabanza a Chile, práctica no habitual en la epopeya -si bien es verdad que el co-

menzar un poema narrativo con el panegírico a una ciudad o país se hizo habitual en la Edad Media, como recuerda Curtius-. Primera transgresión de lo épico, a la que se sumarán otras licencias -la falta de un héroe central y de una verdadera progresión temática, la presencia del autor como personaje del poema...-. Ercilla transgrede la norma porque el impacto del medio americano y su deseo de veracidad histórica le empujan irresistiblemente a desbordar el molde épico; pero, a la vez, la versificación utilizada -la octava real- así como "el título del poema, su división en cantos; un narrador que es presencia constante frente a un lector oyente (XXXIV, 31) y que recurre a la repetición característicamente épica para fijar los hechos en la memoria del oyente; la utilización de las acciones paralelas, los símiles, la elocuencia de las arengas de los personajes son distintos elementos que proporcionan al poema cierto colorido épico"³.

Pero no se asusten, no voy a desarrollar ahora estos asuntos que nos llevarían muy lejos en brazos de una crítica que crece día a día. Me limitaré a poner de manifiesto cómo Ercilla, a partir de su concepción de la literatura, es responsable de haber gestado toda una mitología hispanoamericana. Renacentista típico, al mismo tiempo que combate a los araucanos como hombre de acción y fiel servidor de la causa imperial, desde su órbita de hombre de letras los exalta por su valor y patriotismo. Para que sus hazañas puedan perpetuarse y ser ejemplares en la memoria de los hombres venideros, deberán recogerse en su verdad esencial. Elige, por tanto, la historia frente a la poesía; la verdad frente a la fábula. Pero esa historicidad y ese realismo -que serán lo habitual en los poemas americanos⁴- conviven con un clima de idealización que no es sino una manera de transponer las prácticas caballerescas a la vida indígena. "Los araucanos aparecen así compitiendo en un torneo como celebración de su victoria (X, 11); XI, 31), o en un duelo caballeresco para resolver agravios personales (XXIX, 21; XXX, 24); se lanzan a la lucha en busca de "fama" (VIII, 16) "honor" y "gloria" (XI, 16), y prefieren la muerte honrada, que es "eterno vivir" (XV, 52), a la "vida vergonzosa" (XV, 44)"⁵.

En efecto, ya Andrés Bello en su excelente estudio sobre *La Araucana* publicado en 1841, hizo notar algo que ha llamado poderosamente la atención de la crítica, y es la admiración por los vencidos. "Ercilla -dice- no se propuso como Virgilio halagar el orgullo nacional de sus com-

3 SCOTTI, M^a Angélica; *Estudio preliminar a "La Araucana"*. Buenos Aires, Kapelusz, 1974, pp. 25-26.

4 Cfr. al respecto: PIÑERO, Pedro; *La épica hispanoamericana colonial* (en *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I. *Epoca colonial*. Madrid, Cátedra, 1982, pp. 161-188).

5 SCOTTI, M^a Angélica; op. cit., p. 23.

patriotas. El sentimiento dominante de *La Araucana* es de una especie más noble: el amor a la humanidad, el culto de la justicia, una admiración generosa al patriotismo y denuedo de los vencidos"⁶.

Andrés Bello, venezolano radicado en Chile, se convierte así en el segundo eslabón de la cadena destinada a gestar una mitología del Nuevo Mundo, al modo de los clásicos. En sus *Silvas americanas* (1823-1826), fragmento de ese largo poema inconcluso denominado "América", canta los gloriosos hechos de los caudillos americanos -ahora criollos enzarzados en la Guerra de Independencia- acentuando las diatribas contra el imperio español...

Andrés Bello, Rubén Darío y Pablo Neruda no son sino tres hitos en ese proceso de gestación de la identidad americana. Ercilla es el primer motor. Le separa de los otros una diferencia abismal: es español, educado en los valores de la España imperial cuya gloria ensalza indirectamente en el poema al aludir a San Quintín y Lepanto... No obstante, como hijo de un hombre de leyes, el tema de la "guerra justa" no le es ajeno. De hecho, va a dedicar todo un largo exordio del canto XXXVII (1-13) a defender cómo la guerra es de derecho de gentes; y aunque en ese momento lo aplique al rey Felipe II tratando de justificar la invasión de Portugal, lo cierto es que su estancia en América le había llevado a justificar el derecho araucano a defender su Patria. En una línea lascaiana, deja escapar su admiración por los indígenas que luchan por su libertad -incluso pone estas tesis en labios de caudillos como Lautaro (III, 81; V, 25) o el anciano Colocolo (VIII, 36; XVI, 67)-. Actitud no común, pero tampoco insólita entre los chapetones, es decir, los bisoños en América, y que podría entenderse por su adscripción a los intereses de la Corona española frente a los encomenderos -como ha estudiado muy sagazmente Jaime Concha⁷-. En cualquier caso, Ercilla siente la necesidad de defender su actitud:

"Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicios della veremos que muchos nos les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como los españoles. Y cierto es cosa de admiración que, (...) con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad"... (pról. p. 17).

6 BELLO, Andrés; *Obras completas*. Caracas, 1952, tomo IX, p. 360. En el mismo artículo señala el venezolano otra innovación épica de Ercilla, el hecho de que el poeta sea al mismo tiempo personaje de su obra.

7 Cfr. CONCHA, Jaime; *Observaciones acerca de "La Araucana"* (en *Estudios Filológicos Valdivia, Chile, Universidad Austral, 1964, núm. 1, pp. 63-79*); y *El otro Nuevo Mundo* (en *Homenaje*, 1969, pp. 31-82). Para un estado de la cuestión crítica sobre la valoración del indio hecha por Ercilla, cfr. MADRIGAL, Íñigo; *Alonso de Ercilla y Zúñiga* (en *Historia de la Literatura Hispanoamericana...*, op. cit., pp. 189-203).

Una palabra clave, libertad. La admiración hacia el valor indígena tiene consecuencias en el poema, por ejemplo que las únicas historias individuales que acompañan e ilustran la historia colectiva sean de araucanos y no de españoles siempre relegados, hasta el punto de que sus figuras más características nunca alcanzan categoría de personajes literarios. Amorosos son los episodios con heroínas indígenas, a saber, el de Guacolda y Lautaro (XIII, 43-57; XIV, 13-20); el de Tegalda y Crepino (XX, 27-79; XXI, 5-12); el de Glaura y Cariolán (XXVII, 61; XXX-VIII, 3-52); el de Fresia y Caupolicán (XXXIII, 78-83)... por citar los más señalados.

No voy a entrar ahora en la valoración múltiple del indio en *La Araucana*⁸. Sólo insistir en la estela poética que dejaron figuras como Lautaro, el caudillo que se enfrenta a Valdivia a quien había servido. Ercilla lo describe en el canto III:

"Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande ni pequeño de estatura;
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazón y compostura,
duros los miembros, recios y nerviosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos (...)

Extiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y de ello se eternice la memoria
si valor en las armas lo merece;
testimonio dará de ello la historia" (III, pp. 66-67).

Y la historia, al menos la historia poética, le hizo justicia. Díganlo si no los versos de Neruda que lo mitifican al enraizarlo en la poderosa tierra chilena:

"La sangre toca un corredor de cuarzo,
la piedra crece donde cae la gota.
Así nace Lautaro de la tierra. (VIII, p. 82)

'Lautaro era una flecha delgada.
Elástico y azul fue nuestro padre.
Fue su primera edad sólo silencio.
Su adolescencia fue dominio.

Su juventud fue un viento dirigido.
Se preparó como una larga lanza.
Acostumbró sus pies en las cascadas.
Educó la cabeza en las espinas.
Ejecutó las pruebas del guanaco.

8 Valoración hecha entre otros por Dieter JENIK en el artículo homónimo publicado en *La imagen del indio en la Europa moderna*. Sevilla, EEA, 1990, pp. 357-376.

Vivió en las madrigueras de la nieve.
 Acechó la comida de las águilas.
 Arañó los secretos del peñasco.
 Entretuvo los pétalos del fuego.
 Se amamantó de primavera fría (...).
 Se hizo velocidad, luz repentina.
 Se hizo cristal de transparencia dura.
 Estudió para viento huracanado.
 Se combatió hasta apagar la sangre.
 Sólo entonces fue digno de su pueblo (IX, pp. 82-83).

Si las gestas de Lautaro merecen que la fama las consagre, mucho más las del gran Caupolicán, protagonista indiscutible del poema -si hubiera que señalar alguno-. Ya el canto II lo lanza a la palestra, triunfador de la prueba con que los indios dirimen quién será su capitán general en la guerra vecina:

"Era este noble mozo de alto hecho,
 varón de autoridad, grave y severo,
 amigo de guardar todo derecho,
 áspero, riguroso y justiciero;
 de cuerpo grande y relevado pecho,
 hábil, diestro, fortísimo y ligero,
 sabio, astuto, sagaz, determinado,
 y en cosas de repente reportado." (II, p. 44).

Elegido toqui de los araucanos, se convierte en figura axial del poema tanto por su destacada actuación contra los españoles, como porque el poema se cierra con la prisión, tormento, conversión y muerte de este "Grande General Caupolicano". La historia literaria lo consagró a partir del famoso soneto de Rubén Darío. Dice así:

"Es algo formidable que vió la vieja raza;
 robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
 salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
 blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
 pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
 lancero de los bosques Nemrod que todo caza,
 desjarretar un toro, o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vió la luz del día,
 le vió la tarde pálida, le vió la noche fría,
 y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

"El Toqui, el Toqui! clama la conmovida casta.
 Anduvo, anduvo. La aurora dijo: "Basta",
 e irguióse la alta frente del gran Caupolicán".
 Darío.- *Azul*⁹.

9 Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1977, p. 145.

Pero su estela va más allá; son muchos los versos que le dedica esa épica contemporánea que es el *Canto General* nerudiano. Escojo un fragmento:

"En la cepa secreta del raulí
 creció Caupolicán, torso y tormenta,
 y cuando hacia las armas invasoras
 su pueblo dirigió
 anduvo el árbol,
 anduvo el árbol duro de la patria (...)
 Caupolicán su máscara de lianas
 levanta frente al invasor perdido:
 no es la pintada pluma emperadora,
 no es el trono de plantas olorosas,
 no es el resplandeciente collar del sacerdote,
 no es el guante ni el príncipe dorado:
 es un rostro del bosque,
 un mascarón de acacias arrasadas,
 una figura rota por la lluvia,
 una cabeza con enredaderas.

De Caupolicán el Toqui es la mirada
 hundida, de universo montañoso,
 los ojos implacables de la tierra,
 y las mejillas del titán son muros
 escalados por rayos y raíces"
 (V, pp. 79-80).

Aunque la mitología nerudiana incide en la fuerza de la tierra, la exaltación del jefe araucano arranca de la mirada admirativa de Ercilla que lo consagró para la posteridad. Soldado y hombre de letras, se engrandeció a través del ensalzamiento de sus enemigos. Tuvo la gloria de descubrir a la posteridad un nuevo mundo, un mundo gestado a través de la literatura. Por eso son muy justos los versos que le dedicara un monstruo de las letras, el gran Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* (*Silva V*, 1630), con los que quisiera finalizar mi homenaje:

"Don Alonso de Ercilla
 tan ricas Indias en su ingenio tiene,
 que desde Chile viene
 a enriquecer las musas de Castilla,
 pues del opuesto polo
 trajo el oro en la frente, como Apolo;
 porque después del grave Garcilaso
 fue Colón de las Indias del Parnaso".